



El mensaje del Zuccotti Park

Ricardo García Duarte

Director del Instituto para la Pedagogía, la Paz y el Conflicto Urbano de la Universidad Distrital – IPAZUD.

Occupy Wall Street: a ocupar Wall Street! He ahí la consigna de los indignados en Estados Unidos, particularmente en Nueva York, la siempre emblemática capital del mundo.

Bajo los ecos de este llamado, retransmitido de boca en boca o a través de las redes sociales, cientos de manifestantes, desde septiembre de 2011 se congregaron en las cercanías del que ha sido el centro financiero del orbe.

Allí llegaban –al Parque Zuccotti– desempleados, profesionales y militantes de mil causas; todos ellos con sus fachas informales y sus cabellos al desgaire. Hacían parte de un peregrinaje, pero al revés: no concurrían para reverenciar al nuevo becerro de oro, simbolizado en este templo de las operaciones bursátiles. Lo hacían por el contrario para impugnarlo; y de ese modo darle identidad al anónimo 99%, sometido al poder del 1%, en donde se concentran el dinero y la ganancia.

Sus aires de protesta rompieron con cuatro décadas de una subcultura yuppy, cuyo paradigma llegó a ser el espectáculo de los altos ejecutivos, premiados con ingresos de virrey contemporáneo y con una vida de postmodernismo faraónico. Fue algo que sucedió mientras la brecha entre ricos y pobres se profundizaba, como no se cansó de señalarlo el premio nobel Paul Krugman.

La crisis que en los fondos de captación y de inversión suscitaron las obligaciones impagables en cadena, luego de décadas de desregulación, se tradujo desde el 2008 en una onda recesiva, la que además de la disminución de los ingresos trajo como consecuencia un desempleo cercano al 10%.

La movilización –esa ocupación pacífica del parque Zuccotti en la vecindad de Wall Street– es la forma como esta crisis económica se transforma en una respuesta que es acción, a partir de una conciencia plasmada en el sentimiento compartido de la indignación.

No importa si han sido pocos o muchos los movilizados. Interesa que hayan expresado una corriente subterránea de inconformidad. Los afectos que han desencadenado le comunican más bien una potencia sorprendente a su mensaje; es decir, no tanto el de invadir físicamente un lugar, como sobre todo el hecho de copar con la denuncia un sistema que impone la ley de la utilidad sobre la del trabajo, que prefiere la máquina de producir intereses al interés que produce sujetos libres. Ha sido una carga de profundidad llena de significados contra esa forma de capitalismo que destruye cualquier imaginario ético vinculado con la equidad en la sociedad y con la soberanía popular en la política.

